

Nada más hermoso que lo que perdí: literatura y pasado

La vida está delante. Vamos a partir de esta sencilla, coloquial y muy admitida expresión, vieja sentencia que, en las páginas que siguen, pretendemos analizar e ilustrar con algunos textos que nos parecen representativos desde la antigüedad clásica hasta nuestros días. La vida está delante, por lo que mirar atrás conlleva, opinión bastante unánime, el riesgo de la frustración y la desposesión del momento presente, que es la mayor riqueza de la que disponemos, pues del futuro, con el que a veces entretenemos el día a día entre proyectos y planes, tampoco tenemos la certeza de que llegue. Pero aún sabiéndolo, como lo sabemos y como aquí trataremos de corroborar, no hemos dejado nunca de mirar atrás, por más que muy variadas voces, desde los muy distintos registros artísticos –mito, poesía, música, etc.- nos hayan venido recordando, siglo tras siglo, que volver la vista es, en gran parte de los pareceres, llenarnos de vacío, es no querer asumir el ritmo rectilíneo e imparable del tiempo.

No hemos dejado de retornar a ese territorio de nuestro ayer en el que se cuenta que todo se petrifica o se desvanece, pues, al fin y al cabo, nuestra tendencia natural es a regresar, a procurar, a través del canto o la palabra, de la pincelada o de la imagen, eternidad y recreación en lo pretérito, en lo irrecuperable.

La vida está delante. Es ésta una aserción cuyo contenido encierra más de lo que a simple oído pudiera sonar, si aceptamos que mirar atrás implica, a juicio de muchos, amargar lo que nos queda por añorar lo que nos falta. Y es que, dicta la *uox populi*, todo aquél que no viva en el presente está propenso a caer en el arrepentimiento y en la decepción de comprobar que la vida, -todo lo demás es imaginación o memoria-, la vida puntual, la verdadera, reside en este «ahora, única realidad» que escapa fugitiva e irreparable, tópico, a su vez, que no podemos separar de otros tan ya manidos como el *carpe diem* –aprovecha el momento– y el *tempus fugit* –el tiempo vuela–.

Temas y, casi me atrevería a decir, traumas muy reiterados en la obra de Horacio (65 a. C-8 a. C), uno de los poetas más sensibles al paso

del tiempo, quien aconseja a Leucónoe en la *Oda* I 11 vivir siempre en el ahora, sin adentrarse de antemano en el futuro, ya que de nada vale derrochar el veloz e inaprensible presente por confiar en un hipotético e inaccesible *más tarde*:

Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi
finem di dederint, Leuconoe, nec Babylonios
temptaris numeros. Ut melius, quidquid erit, pati!
Seu pluris hiemes seu tribuit Iuppiter ultimam,
quae nunc oppositis debilitat pumicibus mare
Tyrrhenum, sepias, uina liques, et spatium breui
spem longam reseces. Dum loquimur, fugerit inuida
aetas: carpe diem, quam minimum credula postero.

Ya, tal como atestiguan las distintas versiones, en el mito de Orfeo, el músico tracio, se introduce el elemento de la mirada atrás, pues esa es la prueba -prohibición o tabú- que Orfeo debe superar: no girar sus ojos antes de llegar a la superficie del mundo. A la ninfa Eurídice, esposa de Orfeo, mientras corretea un día por los campos, una serpiente la pica en el talón y le causa la muerte. Orfeo, desesperado, no dudó en descender a los infiernos, acompañado de su lira, para recuperarla. Cuando llegó a las profundidades, tras conmovier con su música a todos los del mundo subterráneo y suplicar a Proserpina que le dejara llevar a su esposa hacia la luz, ésta accede con la condición de que no se volviera hacia atrás hasta el término de su viaje. Eurídice le iba siguiendo y cuando estuvieron a punto de alcanzar la superficie terrestre, Orfeo, demasiado impaciente por verla, muy celoso de la permisividad de los dioses, se volvió. En aquel instante Eurídice y su presente frágil, Orfeo y su futuro quebrantable se disiparon por segunda vez y definitiva.

La introducción de este tópico está en relación con el rito, pues son varios los autores en los que una indebida mirada atrás conduce a daños irreparables. Y esta mirada transgresora, tal como expresa Ramiro González Delgado «será responsable del conflicto trágico de acuerdo a dos dualidades: la ley del deseo que incita a mirar y la ley divina que impide la mirada. La transgresión del segundo (el impuesto) a favor del primero (el deseado) acarreará el castigo»¹: perder a Eurídice para siempre.

Pero todos miramos, qué duda cabe, todos retrocedemos para encontrarnos o tantear en qué lugar se nos han quedado el ayer o en qué

1. *El mito de Orfeo y Eurídice en la literatura grecolatina hasta época medieval*, Oviedo, 2001, p. 320. (Tesis Doctoral).

rincón nos hemos perdido, todos miramos por más que nos reprima la ley de la conciencia o más que nos alienten el deseo y sus alas. Y a ese pasado remoto, a esas profundidades de la memoria que, en ocasiones, nos sirven de asidero, a esa fuente inagotable en la que se fraguan los mitos y se magnifican las vivencias, a esa fuente adonde retorna nuestra sed de volver a revivir situaciones y seres, acude a beber la poeta nicaragüense Claribel Alegría (1924), en busca, como Orfeo, de lo que ya no se repite más que a través de la imperecedera palabra, ilusoria linterna de memoria y quimeras:

Dame tu canto
Orfeo
tu palabra
una lira forjada
con las cuerdas
de mi ser.
Debo descender
al reino de los muertos
despertar a mi amado
y hechizarlo.

Todos, en algún momento, desvalidos y con flaquezas, ni resistimos la tentación ni vencemos los anhelos, ni dominamos los impulsos de rescatar lo que se nos ha ido de las manos. Todos quisiéramos despertar al desfallecido. Y miramos, miramos atrás, aunque no sea más que para enfrentarnos al rostro de esa vieja horripilante con la que Marcel Camus representa el espíritu de Eurídice en *Orfeo Negro* (1959). Tornamos los ojos, aunque sólo sea para percibir que, al girarlos de nuevo, se nos escurre entre los dedos, a punto de atravesar el umbral que nos separa, lo que tanto ansiábamos asir. Miramos porque es la única manera de ilusionarnos por volver a vivir lo que, en el fondo, sabemos que no está vivo, pero lo revivimos y eso nos entusiasma.

También Sara, la esposa de Lot, según se describe en *Génesis* 19,1-29, por una cuestión de amor desacató las ordenes divinas, pues antes de que Dios destruyera las ciudades de Sodoma y de Gomorra, envió ángeles para librar a Lot con toda su familia. Las instrucciones de los ángeles fueron claras: «Escapa por tu vida, no mires tras de ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas». Mas el relato bíblico nos desvela que la mujer de Lot miró atrás y quedó convertida en estatua de sal. De nuevo, una simple mirada a lo que dejaba a sus espaldas, a lo que más quería, y todo perdido para siempre.

Pasaje que, con un campo léxico bastante desalentador y el pecado de la desobediencia, la poeta María Clara Salas (Caracas, 1947) nos concentra en la composición *La mujer de Lot*:

Vuelves atrás
intentas ver las cenizas
en tu huida
detienes el carro
desobedece
el frío penetra
en tus huesos
la falta de aliento entra en tu cuerpo
en sal te conviertes.
No pienses
que merecías
semejante castigo.

La mirada atrás, según la doctrina de Jesús, esa atractiva y maldita añoranza que nos hace retroceder y resbalar continuamente, destartando por adelantado el hoy y el mañana, es sinónima de una auténtica desconfianza en el futuro. Y así se nos inculca en la metáfora que recogen los Evangelios, Lucas 9,2, donde se dicta: «Quien echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el reino de Dios». Esto es, quien se regocija y se atesora de su pasado no alcanzará jamás el reino de los cielos.

Asimismo en Isaías 43, 19, se nos manifiesta que en el brote, es decir, en lo que se renueva, está la esperanza, que la vida habita en lo que permanentemente nos queda por vivir. Dice exactamente:

No recordéis el pasado, no os fijéis en lo antiguo.
Mirad que yo estoy haciendo algo nuevo,
ya está brotando ¿no lo notáis?

Ahora bien, tal como afirma Dolores Aleixandre², lo que nosotros entendemos por mirar atrás significa para los israelitas 'mirar hacia delante', pues ellos avanzan con «una manera más lógica de percibir el tiempo, porque el pasado, ya vivido, lo conocemos y está ante nosotros, mientras que el futuro, desconocido, está a nuestra espalda [...]. Por eso feliz el creyente que, como un viajero que viaja hacia el futuro caminando de espaldas, se dirige sin temor hacia lo que aún no conoce, apoyado en la fidelidad de Dios, ya experimentada a lo largo de su historia pasada que está ya ante sus ojos».

2. «Cómo me gusta envejecer», *Sal térrea*, octubre 2003, pp. 724-725.

Pero no nos mintamos, pues no es ésta nuestra perspectiva. Nosotros buscamos «regresar, *desnacer*, rebobinar el *film* hasta plegarnos en la microscópica célula orgánica, en aquel ápice del ser del que partimos. Una y otra vez, merced a la memoria, desandamos el camino [...]. Una y otra vez, el gozo indescifrable de la repetición, única forma de permanencia [...]. Volver hacia atrás nuestra mirada, remugar los instantes en que alcanzamos felicidad, éstos, que ahora y de mentira, nos devuelven su vaharada de dicha tibia: igual, pero distinta»³. Es así, somos materia de memoria, aunque nos gustaría negarlo.

Y no sé por qué, pero cada vez que nos encontramos ante lo imprevisible o lo azaroso, ante lo amargo o lo desconcertante, nos aferramos, aunque sólo sea con una simple expresión y ese instantáneo rebobinar, al recuerdo, a lo que más amamos o hemos amado, a lo que felizmente hemos vivido. Es en la partida, con la última mirada, con la que apreciamos la devastadora hermosura de lo que nos abandona; en palabras de Ovidio (*Metamorfosis* I 530), cuando Dafne está a punto de metamorfosearse en laurel, Apolo aprecia que *auctaque forma fuga est*, es decir, «con la huida, en el momento final, cuando alguien nos abandona o a algo damos la espalda, es cuando aumenta la belleza», lo que nada difiere de «sólo de lo perdido llora el hombre»..., como muchos autores han reafirmado y como Serrat plasma en esa bellísima y conocida estrofa que nos ha dado medio título y que nos ratifica que lo distante, lo deseado, lo lejanamente lejano titila como una estrella inalcanzable:

No hay nada más bello
que lo que nunca he tenido.
Nada más amado
que lo que perdí.

Catulo, uno de los autores latinos que más sufrió las oscilaciones del amor, sabedor de que el pasado resplandece más cuando el presente se nos oscurece, se consuela, tras la separación de su amada Lesbia, aconsejándose a sí mismo mirar hacia delante, que es igual que dar y admitir por perdido lo perdido, ya que de no ser así jamás lograríamos salir de esa angustiosa situación en que nos encerramos ni seríamos capaces de abrir los brazos a lo que pudiera estar esperándonos. Vive de ahora en adelante —exhorta el poeta en el *carmen* VIII— pero, como es más fácil predicar que cumplir, no se desprende del todo del pasado; y de su desgarrar y su pérdida surge el poema:

3 M. Florián, «Poesía y memoria», *Alfa* 10, p. 134.

Miser Catulle, desinas ineptire,
 et quod uides perisse perditum ducas.
 fulsere quondam candidi tibi soles,
 cum uentitabas quo puella ducebat
 amata nobis quantum amabitur nulla
 [...]

 fulsere uere candidi tibi soles.
 nunc iam illa non uult: tu quoque, inpotens, noli,
 nec quae fugit sectare, nec miser uiue...

Y no son escasas las expresiones que los latinos nos legaron para reafirmar la idea de que la vida está delante, de que «no podemos cambiar el pasado»: *praeterita mutare non possumus*, en palabras de Cicerón *In Pisonem*, 25, 59, pues *infinita est uelocitas temporis, quae magis apparet respicientibus*, «infinita es la velocidad del tiempo, sobre todo cuando miramos atrás», tal como advierte Séneca en *Epístolas*, 49, 2. Y miramos atrás, observa Virgilio en *Geórgicas* 3, 66, porque *optima quaeque dies miseris mortalibus aevi prima fugit*, esto es, «para los infelices mortales los días que antes se van son los mejores». Pensamientos que no indican más que tanto ayer, pasado, como mañana, futuro, no son, no existen, ya que ambos quedan fuera de nuestra actualidad, muy improbables: *non est, crede mihi, sapientes dicere: «uiuam»*. / *Sera nimis uita est crastina: uiue hodie*, asevera Marcial I 15, 11: 'no es inteligente, créeme, decir: viviré. La vida del mañana está demasiado lejos. Vive hoy'. Y también Cicerón en su obra *De natura deorum* III 6, 14 argumenta que *ne utile quidem est scire quid futurum sit; miserum est enim nihil proficientem angi*: conocer el futuro ni siquiera es útil, porque es triste atormentarse en vano.

Insisto, todas las sirenas del océano literario nos quieren ensordecen los oídos con el susurro idealizador del pasado, todas las gorgonas de ámbito del arte pretenden cegarnos cuando tratamos de volver la vista. No obstante la memoria nos separa, día sí y noche también, de la realidad. Pero la realidad no es otra: recordar es volver a vivir lo que no queremos que se nos muera del todo. Por más que no falten insistentes ejemplos en la historia de nuestra literatura que nos seduzcan o nos aturdan con lo contrario. En la Edad Media, esa época de pesimismo irresistible y acuciante "moralina", Juan de Mena (1411-1456), en *Coplas contra los pecados mortales*, nos advierte, jugando con el equívoco, que nada más allá del ahora inquieto e inmediato, ya que así como el pasado nos ha quedado atrás para nunca más volver, el futuro, si acaeciera, correría el mismo destino: pasar, trastocarse en pasado, en tiempo muerto:

La vida pasada es parte
de la muerte advenidera,
es pasado por esta arte
lo que por venir espera.

Y Jorge Manrique (1440-1479), en las *Coplas a la muerte de don Rodrigo Manrique*, con la tan estudiada estrofa nos remite a esa tendencia irrefrenable al ayer, despreñida del sentimiento de la edad que avanza inexorable y propia de las situaciones de dolor; ésa que nos impulsa a sublimar y magnificar lo de antaño, idealizándolo y paralizándonos, en cierta medida, invalidándonos para disfrutar lo que el hoy nos dispone ante los ojos:

Cuán presto se va el placer,
cómo después, de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Desde el Renacimiento también se han echado los ojos atrás, y baste con recordar el introspectivo soneto con el que Garcilaso de la Vega (1501?-1536) se detiene, en un descansillo de su vida, para reconsiderar su trayectoria y reflexionar sobre su situación y su destino. Mirar atrás, como también hemos apuntado, aparte de asomarnos a la incómoda suma de los años y su imperceptible fuga, nos adentra en los lindes del remordimiento por todo aquello que dejamos o nos quedó por hacer:

Cuando me paro a contemplar mi estado,
y a ver los pasos por dó me han traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado;

Más cuando del camino esté olvidado,
a tanto mal no sé por dó he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

En el Barroco, réplica de las muchas Odas de Horacio, donde un superficial y aparente optimismo camufla el más profundo pesimismo ante la existencia que, con imprevisibles altibajos, escapa veloz, Francisco de Medrano (1570-1607) induce al *carpe diem*, a disfrutar del momento, y a la *aurea mediocritas*, la justa medianía, en un poema dedicado a *Fray Pedro*

Maldonado, por la constancia; sobre todo porque de lo único cierto de que somos dueños es del instante preciso, éste, el de ahora, el que no se hace *después*, ya que todo creador atisba que entre ahora y después nunca nada es lo mismo, que entre el ahora y el después tal vez se esconda el nunca:

Firmio, constante a las dificultades
el pecho ofrece, y ciérralo prudente
al orgullo insolente
en las prosperidades.

Ya te embista el dolor, ya l'alegría,
atrás se vuelvan sin hacerte ofensa,
y, sabio, recompensa
uno con otro día.

Vive d'espacio, olvida cuerdamente
lo pasado, no temas lo futuro;
mas, con seso maduro,
goza del bien presente;

Que todo es humo, y sombra, y desaparece...

Del siglo XVIII, Juan Meléndez Valdés (Badajoz 1754-Montpellier 1817), aún consciente de que lo que lleva en la espalda es nada, el poeta repasa su pasado y se lamenta en su composición *A Jovino: el melancólico*, comprobando que de lo de atrás, nada tiene cuerpo ni materia, nada forma, nada gozo ni alegría, porque es sombra, luto, niebla; mas aún así sigue doliendo, continúa resquemando:

Doquiera vuelvo los nublados ojos
nada miro, nada hallo que me cause
sino agudo dolor o tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
parece que a mi vista en luto triste
se envuelve umbría y que, sus leyes rotas,
todo se precipita al caos antiguo.

Y Nicasio Álvarez de Cienfuegos (Madrid 1764-Orthez 1809), en *Mi paseo solitario de primavera*, convencido de que mirar atrás acaba por ser lo mismo que esperar siempre mañana, que es igual que no disfrutar del ahora, que equivale a no celebrar y agotar ese abrir y cerrar de ojos que es la vida, nos interroga y se responde a sí mismo...:

Pero al fin ¿qué será, y encierra un siglo
el más largo durar de su carrera?
Sólo un pestañear, volviendo el rostro
verás tu muerte a tu nacer tocando.
¡Ay! A lo menos, pues el plazo es breve,
no, no lo acortes suspirando ansiosa
por otro día, y sin cesar por otro;
porque es nunca vivir, es vivir muertes,
jugar este hoy por el mañana incierto.

Los románticos, imbuidos también de la desazón que punza el dar la vuelta atrás, pero sin dejar de hacerlo a cada verso, presienten como Tagore (*Pájaros perdidos*, 21) que «el que lleva su farol a la espalda, no echa adelante más que su sombra». José Somoza (1781-1852) nos rescata así el pasado muerto; en *El sepulcro de mi hermano*, rayando el tópico del *ubi sunt*, indaga en la oscura e impenetrable caverna donde se amalgaman la memoria y el olvido:

Del tiempo la corriente
los años y los siglos precipita;
mas ¿dónde está su fuente?
¿En qué mar deposita
los años y los siglos que nos quita?

Si al hombre fuera dado
hundir su vista en la caverna oscura
que tragó lo pasado,
desde allí por ventura
lograra ver la eternidad futura.

Pero nada es así, nada como quisiéramos. Al hombre no le es dado más que el tirar hacia adelante. Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), tras un lanzar un vistazo por su vida, repleta de ilusiones, deseos, gloria, edad florida, etc., cierra su poema *La soledad* con un lamento que no es sino, y no podría ser de otra manera, un regreso y una insatisfacción:

¡Qué fuera, oh Dios, si al rápido torrente
yo propio me arrojara! En presto vuelo
pasaron cinco lustros de mi vida,
y el cuadro encantador huyó con ellos;
huyó, volví la vista, lancé un grito...
Y en vez de flores, encontré un desierto.

Y ningún mejor representante de la Genenaración del 98 que los inmortales versos de *Proverbios y cantares* de Antonio Machado (1875-1939), el poeta que, sin duda alguna vivió sus días enteros navegando por la plenitud de su pasado. Y la andadura de sus estrofas habla por sí sola:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino
sino estelas en el mar.

Luis Cernuda (1904-1963), en el poema *Peregrino*, por seguir con el símil de la vida como camino, comprende, como ya Cicerón esbozaba, que no hay medios para cambiar lo pasado, que no debemos quedar anclados en lo que ya se nos ha ido, pues entre el mañana y el ayer dejamos escapar el hoy, el ahora, que es, de entre lo inseguro, lo más seguro:

¿Volver? Vuelva el que tenga,
tras largos años, tras un largo viaje,
cansancio del camino y la codicia
de su tierra, su casa, sus amigos,
del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú? ¿volver? Regresar no piensas
sino seguir libre adelante,
disponible por siempre, mozo o viejo,
sin hijo que te busque, como a Ulises,
sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
fiel hasta el fin del camino y tu vida,
no echés de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo antes nunca visto.

También Ángel González, puede más el rencor que la literatura, reniega de la mirada retrospectiva, pero mira; reniega de la memoria histórica que le tocó vivir y le moldeó a su manera, pero la rememora, pues en *Prosemas o menos*, con ese irónico resquemor que le caracteriza, encontramos:

Aquel tiempo
no lo hicimos nosotros:
Él fue quien nos deshizo.

Miro atrás.
¿Qué queda
de esos días?
Restos,
vida quemada,
nada.
Historia: escoria.

Y José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926), en una composición cuyo título es bien avisador, *Siempre se vuelve a lo perdido*, lleva atrás su mirada, y su palabra se arrepiente, se disculpa de la luz que le escapó, durante su presente iluminado, luz irrecuperable que, día tras día, se va trocando en sombras. El poeta se dejó morir en su presente y, ahora, sin embargo, puesto que siempre se vuelve a lo perdido, recupera su pasado, se alimenta de sus reservas, vive de su memoria. Es lo que tienen en común memoria y poesía. «Las palabras reflexionan, se doblan hacia atrás recogiendo el reflejo, la impronta de lo pretérito. Hablamos para retener el instante, para negar brevemente la huida de los seres, para remansar la estampida tumultuosa de su agua desbocada. Ser consciente es ser hablante»⁴. Ser hablante consciente es ser poeta. Ser poeta y hablante consciente del tiempo nos encamina, sin remedio, al ayer en que hemos sido:

Hace ya algunos años, cerca
del mar temible, en la comarca
de la vid caudalosa, siendo un día cualquiera,
entre sombras talares y el son del mundo junto,
yo viví sometido a las congregaciones
de la paz más estéril, inventándome
lágrimas que explicaran mi hastío irrazonable,
mi ignorancia de embeleso nativo,
hasta que la inclemencia de los días
se convirtió en materia de mis labios,
y en soledad estuve, sin poderme valer
del detrimento funeral del tiempo,
también sin atender a los avisos
de la diaria persuasión terrestre.
Hoy yace en mi memoria la abundancia terrible
de aquel dolor gastado, no vivido,

4. M. Florián, art. cit., p. 136.

en el ocioso vínculo inocente
 que establecía el mundo entre mis sueños.
 Mas los días volcaron
 su esclavitud de sombras sobre mis inconsciencias
 y regresé a la imagen que ahora lloro y traduzco,
 ya con la voz ahíta de irremediables sellos,
 transfigurando entonces aquella paz novicia
 en el sombrío acopio de mis años.

Nuevamente retorno, tiempo atrás, a mi vida,
 porque siempre se vuelve y sin remedio
 al despertar de aquello que perdimos,
 a todo lo que un día nos hizo ser más tristes.

Maniatado a mi ayer, me voy resucitando
 a medida que vivo. Sé que puedo salvarme,
 no de aquello que fui, sino del día
 en que escribo esta fe, porque es posible
 que la acumulación del tiempo mutilado
 mida la magnitud de mi esperanza
 y sea yo quien soy porque me hice
 más niño cada vez y más humano
 entre la confusión de los avisos todos
 que en mi misma conciencia se originan
 para gastar la vida, de igual forma
 que una llaga se gasta, mas nunca su veneno.

Francisco Álvarez Hidalgo, un actual y prolífico poeta cántabro de tendencia clásica y tono sentencioso, reúne en *La vida está delante* unos versos que, aparte de la reiteración del tópico que venimos tratando, recogen la idea de que vale más morir de futuro y esperanza que permanecer muerto en lo que ya ha terminado, pues todo lo desconocido nos tienta con su inseguridad atractiva, como eco de la máxima que Tácito introdujo en su día en *Historias* III 26, 5: *ingrata quae tuta; ex temeritate spes*, es decir, 'lo seguro es poco atractivo; en el riesgo hay esperanza':

Es vivir del recuerdo quedar estrangulado
 por maromas de tiempo, manos de deserción;
 la memoria es cuchillo desgarrando el costado,
 venda sobre los ojos nublando la razón.

Mirar atrás impide mirar hacia delante
 es aferrarse a un mito, negar la realidad;
 por cada amor que muere resucita una amante
 y por cada mentira surgirá una verdad.

Oye la voz de antaño, mas sin volver la vista,
como quien lleva prisa, como quien sólo avanza;
el pasado es derrota y el porvenir conquista,
ayer es pesimismo, mañana es esperanza.

Si el trayecto a tu espalda se revela dorado,
y la ruta que enfrentas apareciera oscura,
piensa que no has vivido, tan sólo imaginado,
la vida está delante, la vida y la aventura.

Y adentrándonos directa y superficialmente en el ámbito de la música, que no es más que poesía cantada, el tópico no ha dejado de reelaborarse en época alguna. Echemos por un momento la vista atrás y recordemos aquel trillado estribillo del *baúl de los recuerdos* de Karina que, aunque obsoleto y hasta si me lo permitís, visto desde hoy, hortera, dudaba de la validez del mirar atrás, persuadida de que delante hay más futuro, pero sin descartar que darse la vuelta no deja de aportarnos cierta felicidad, sombra de espejismo:

Buscando en el baúl de los recuerdos,
cualquier tiempo pasado nos parece mejor,
volver la vista atrás es bueno a veces,
mirar hacia delante es vivir sin temor.

Quien no avanza retrocede. Eso también es muy cierto. Julio Iglesias en el poético tema *Vuela alto*, como si hubiera pasado por la nefasta experiencia de un Orfeo actual, como si, interpretando la vida como una dura competición, hubiera sufrido el desfallecimiento y la pérdida justo al acariciar la superficie del triunfo, como si, considerando la vida como un baile, hubiera dado un paso en falso precisa y desafortunadamente en su último compás, con su más cómplice tono, de tú a tú, insta a la búsqueda de la intensidad, a vivir, tarea que ya de por sí encierra más dificultades que facilidades; a vivir, bailar, volar con los ojos bien atentos y abiertos ante lo que hay ante nosotros, con las manos bien aferradas a lo que, fugazmente, agarramos al vuelo:

Llegar a la meta cuesta,
te cuesta tanto llegar
y cuando ya estás en ella
mantenerte cuesta más.
Procura no descuidarte
ni mirar hacia detrás,
o todo lo conseguido
te lo vuelven a quitar.

Aquí no regalan nada,
todo tiene un alto precio,
peldaño que vas subiendo,
peldaño que hay que pagar.

Aquí hay que bailar todo
sin perder jamás el paso,
te suelen soltar la mano
si ven que vas hacia abajo vas.

Vuela amigo, vuela alto,
no seas gaviota en el mar.
Vuela amigo, vuela alto,
no seas gaviota en el mar.
La gente tira a matar
cuando volamos muy bajo.
La gente tira a matar
cuando volamos muy bajo.

Amigo aprovecha el viento
mientras sopla a tu favor,
que el aire te lleve lejos,
cuanto más lejos mejor.

Que aquí el que se queda en tierra
lleva la parte peor,
se van cerrando las puertas,
te van negando el adiós.
Aquí no regalan nada...
Aquí hay que bailar todo...

Joan Manuel Serrat es otro de los grandes que sabe que el pasado o lo que es lo mismo, el paso del tiempo, es la principal arteria de nuestra biografía, la rúbrica de nuestra presencia, «la materia y el tema de casi todas las artes, que en la música está en un estado de concentración máxima, de pureza absoluta»⁵, y es por eso por lo que tan hondos nos calan la palabra cantada, la palabra poética o la palabra pincelada. Son muchas las composiciones en que nos introduce el tópico; así por ejemplo, en *Las gaviotas*, nos relata la etapa de su niñez, una etapa feliz que, como la vida en general, se esfuma, vuela, y en la que, por ley de vida, aprendemos y queremos empezar a volar, dejarla atrás, para después volver a ella siempre a través de la

5. Palabras del prólogo de Antonio Muñoz Molina al *Cancionero Serrat*, Aguilar, Madrid, 2000, p. 16.

nostalgia y el arte, lámpara maravillosa en las tinieblas del pasado. El cantautor, como poeta que es, se vale de la memoria para hacer eterno el paraíso primero, el tiempo más limpio, lo maravilloso de la inocencia; se vale de la poesía para rememorar aquello que ya no es capaz de recorrer ni abrazar, más que escarbando en el recuerdo:

Jugando ayer desnudo por la arena
mi niñez poco a poco vi volar,
se me escapó sin darme cuenta apenas
soñando con volar.
Irme jugando con el viento,
caer sobre el agua un momento...
Crecí soñando cerca del mar,
junto a las rocas
un día aprendí a volar,
aprendí a volar como mis gaviotas.

Y me fui
lejos de allí
aquel día,
sin mirar atrás,
creí que jamás volvería.

Me encontré
un cardo, una flor,
un sueño, un amor,
una tristeza,
me fui solo
y luego fuimos dos,
un beso, un adiós
y todo empieza.
Otra canción,
otra ilusión,
otras cosas,
y harto ya de andar
hoy volvía a buscar
a mis gaviotas.

Y no las vi, ellas también se fueron
de aquel rincón que nos unió una vez,
me quedé solo escarbando en el suelo,
buscando mi niñez.
Ellas no han de volver jamás,
ellas la dejaron atrás
bajo la arena, cerca del mar,
junto a unas rocas,

que no saben volar,
que no saben volar como mis gaviotas.

Y me voy
más triste hoy
que aquel día
que sin mirar atrás
creí que jamás
volvería.

Da la impresión de que sólo el hombre, para dolor o regocijo, retorna siempre a sus orígenes, sólo el hombre, frente a las rocas, frente al mar, frente todo lo que nos rodea, en definitiva, porque sólo el hombre, en principio, posee y goza de memoria. Y porque además «la ocasión del recuerdo nos ofrece un especial estado de gracia; el presente es la tierra firme donde hacemos pie para poder saltar hacia el pasado»⁶. Del presente al pasado sólo hay la misma distancia que del sueño a la realidad, que de nuestro yo interior a nuestro yo exterior.

Luis Eduardo Aute, siempre a su aire, por decirlo en términos coloquiales, tomando siempre la vida como un camino, y ese camino como experiencia, el cantautor que tan resumidamente nos musicó la totalidad del tiempo con aquello de «*ahora sí, ahora no, / ahora es un instante dentro de un reloj. / Ahora sí, ahora no, / mañana es tarde, hoy es pronto / y ayer pasó*» insta a no detenerse, incita a no esperar, pues tanto pasado como futuro están de paso: ni éste ni aquél existen como tiempo, sino como mera fantasía, como pura posibilidad pero desde el momento presente, desde el *De paso* en el que continuamente nos hallamos, en ese 'de paso' en el que todo existe y todo acaba, pero siempre y única y exclusivamente de paso:

Decir *espera* es un crimen,
decir mañana es igual que matar,
ayer de nada nos sirve,
las cicatrices no ayudan a andar.

Sólo morir permanece
como la más inmutable razón,
vivir es un clavo ardiente,
un ejercicio de gozo y dolor.

Que no, que no, que el pensamiento
no puede tomar asiento,

6. M. Florián, art. cit., p.146.

que el pensamiento es estar
siempre de paso, de paso, de paso...

[...]

Hay demasiados profetas,
profesionales de la libertad
que hacen del aire, bandera,
pretexto inútil para respirar

en una noche infinita
que va meciendo a este gran ataúd
donde olvidamos que el día
sólo es un punto, un punto de luz.

Que no, que no, que el pensamiento
no puede tomar asiento,
que el pensamiento es estar
siempre de paso, de paso, de paso...

Siempre de paso, sí, pero siempre retrocediendo de vez en cuando. Que el pensamiento no tome asiento, no, que cierto es que los extremos nunca fueron favorables. Pero *Ay, qué pasado*, como en su día exclamaron los de Mecano:

Ay, qué pesado, qué pesado,
siempre pensando en el pasado.
No te lo pienses demasiado
que la vida te está esperando.

No podemos engañarnos, caminamos hacia delante, pero todos, en el fondo, intuimos que no hay nada más hermoso que la candidez de la ingenuidad, aquella pureza del origen. A ella acudimos a menudo, con esa mirada que nos redime. Porque debemos distinguir. «Hay una mirada inerte, pasiva y aburrida, que se deja llevar por la rutina, y pasea lánguidamente por las cosas como un caracol⁷», pero hay miradas vívidas, ensoñadoras que nos apartan por unos instantes del desánimo y nos llenan de luz aquellos lugares ensombrecidos por la distancia, miradas que nos iluminan y nos redescubren las facciones de los rostros que se nos fueron diluyendo con la llovizna del tiempo. Todos debemos reconocer que, por desventura o fortuna, echamos de menos y cuando echamos de menos, miramos atrás con amor, ese amor que, como bien define J. Ortega y Gasset, “no es pupila,

7. J. A. Marina, «Monet y el detective», *El semanal*, 17. 3. 2002.

sino, más bien luz, claridad meridiana, que recogemos para enfocarla sobre una persona o cosa". Luz Casal, en *Entre mis recuerdos*, es el nº 26, se sincera y reconoce, eso que tanto trabajo nos cuesta y otro tanto pudor nos produce:

Cuando la pena cae sobre mí,
el mundo deja ya de existir,
miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos.
Para encontrar la niña que fui
y algo de todo lo que perdí
miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos.
Sueño con noches brillantes al lado de un mar
de aguas claras y puras
y un aire cubierto de azahar.
Cada momento era especial,
días sin prisa, tardes de paz,
miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos.
Yo quisiera volver a encontrar la pureza,
Nostalgia de tanta inocencia
que tan poco tiempo duró.
Con el veneno sobre mi piel
frente a las sombras de la pared,
miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos...

Quisiéramos pero no queremos, olvidaríamos pero no olvidamos y, en definitiva, si echamos nuestra misma sombra en nuestro camino, es porque hay una lámpara en nosotros que no ha sido encendida⁸.

Porque hay miradas atrás que son las únicas que, una vez perdidos los paraísos, nos permiten entrar en el territorio del recuerdo y recuperarlos brevemente. Hay miradas atrás, sinceramente, que nos transportan a paisajes irreales, pero tan irreales como a veces, y mucho más bondadosos, mucho menos crueles, que la propia realidad; miradas que nos impulsan, que nos tensan el ánimo y nos lanzan al presente con más apetito de belleza. Por muy conscientes que seamos de que todo lo que atrás vemos, todo lo que atrás queda, todo lo que desde atrás nos mira y contemplamos, no es más que para eso, para mirar y contemplar, pues si pretendiéramos tocarlo, como las alas de las mariposas, desempolvaría su fantasía, y entonces sí, quedaría borrado y disuelto para siempre.

Aurelio González Ovies
Universidad de Oviedo

8. Remitimos a Tagore, *Pájaros muertos*, 109.